

Introducción* a *La última del cadalso*, de Gertrud von Le Fort¹

Querida, el miedo es un gran tema: nosotros, todos, no nos hemos horrorizado lo suficiente.

En octubre de 1933, un año antes de tomar el hábito en el Carmelo de Colonia, la filósofa y educadora Edith Stein escribía a Gertrud von Le Fort agradeciéndole una carta en la que la autora alemana le había felicitado por su decisión de entrar en la vida religiosa:

“Mucho me he alegrado de su amable carta. En estos últimos días, tan difíciles, me hace mucho bien tener noticias de personas que comprenden mi camino, en contraposición al gran sufrimiento que he provocado aquí, y que diariamente tengo ante mis ojos. Estoy segura de que me ayudará a pedir por mi madre, a fin de que le sean concedidas fuerzas para soportar la despedida y luz para comprenderlo [...]

En los últimos meses, desde que mi deseo comenzó a hacerse realidad, también yo he pensado a menudo en usted: si me visita en Colonia podrá conocer verdaderamente el Carmelo [...] Mis queridas hermanas de Colonia se alegrarán de veras de que se acerque, y enseguida notará que la reja no es ninguna barrera”².

No queda constancia documental de cuándo se conocieron por primera vez Stein y von Le Fort, pero la futura mártir carmelita da a entender, en una carta de 1935 dirigida a la Madre Petra Brüning, que se vieron en Munich en la época en que la autora alemana iniciaba la redacción de *La última del cadalso*.

“Creo que ya por segunda vez me ha preguntado sobre mis relaciones con la novela de Gertrud von Le Fort sobre el Carmelo. Sin mi intervención ha escogido ella la materia. Pero poco después vino a verme a Munich, y estuvimos hablando toda la tarde sobre el Carmelo, del que por entonces estaba bastante lejos, espiritualmente hablando. Debido al trabajo de la novela ha sido como se ha ido familiarizando con él. Naturalmente, también nos ha visitado cuando estuvo [en Colonia], y quedó muy contenta de las dos horas que pasó ante la reja”³.

Como ha señalado Ita O'Boyle en su estudio sobre la narrativa de von Le Fort, la génesis de esta *novella* publicada en 1931 pone de manifiesto la manera en que la autora alemana aúna su talento poético y creativo con un acercamiento filosófico e histórico a la materia escogida. Escribía lo siguiente von Le Fort sobre el origen de la obra y de la figura de su protagonista: “En el sentido estrictamente histórico ella (Blanca) nunca existió realmente, y la misma fibra de su existencia temblorosa tuvo su origen exclusivamente en mi imaginación. En una época en que Alemania era

* El texto se publica en esta web con permiso de la autora y de Ediciones Encuentro:

<http://www.ediciones-encuentro.es/Muestra.php?&libro=13000066>

¹ Victoria HOWELL, “Introducción”, en Gertrud von LE FORT, *La última del cadalso*, Madrid: Ediciones Encuentro, 2009, pp. 7-17.

² Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein). *Obras completas*, vol. I (*Escritos autobiográficos y cartas*), Ed. Monte Carmelo-Ed. El Carmen-Ed. de Espiritualidad, Burgos 2002, 1050-1051.

³ *Ib.*, 1128.

víctima de un presentimiento de desastres futuros, concebí esta figura como la encarnación del miedo a la disolución de una era moribunda [...]”. Mientras investigaba en la biblioteca de la Universidad de Munich, Le Fort encontró una referencia sobre la muerte heroica de dieciséis Carmelitas durante la Revolución Francesa.

“Una nota breve sobre las Carmelitas, que cantaban mientras subían al cadalso, fue responsable de mi decisión de trasladar la figura de Blanca desde el presente a la época de la Revolución Francesa. Esto lo hacía de acuerdo con una tendencia peculiar de mi trabajo creativo, a saber: la transposición de problemas y personajes actuales a una época anterior, para poder recrearlos de una manera más objetiva y serena que si estuviera constreñida por una excesiva proximidad a ellos”⁴.

Gertrud von Le Fort nació en 1876 en Minden (Westfalia) en el seno de una familia protestante de origen francés, que a raíz de la revocación del Edicto de Nantes emigró a Ginebra, y posteriormente a Prusia. Según la autora, su padre, militar de profesión, no era practicante pero tenía un gran respeto por las creencias religiosas de los demás; de él heredó la autora su afición por la filosofía y la historia. La madre de Gertrud, por su parte, era cristiana devota y asidua lectora de la Biblia y de poesía, y logró transmitir a su hija una fe profunda en el amor misericordioso de Cristo. La joven von Le Fort estudió historia y teología en la Universidad de Heidelberg, donde asistió a las clases del eminente teólogo protestante Ernst Troeltsch, una de cuyas principales preocupaciones era la relación entre cultura y religión. Cuando a Troeltsch se le concedió la cátedra en la Universidad de Berlín, von Le Fort se marchó a esa ciudad para continuar sus estudios, y después de la muerte de su profesor fue responsable de la publicación de algunos manuscritos inéditos, que la discípula amplió con sus propios apuntes de clase. Sobre la influencia de su maestro escribía von Le Fort lo siguiente:

“Troeltsch ejerció una profunda influencia sobre mí, aunque nunca acepté del todo sus teorías liberales, porque yo pertenecía a una familia que profesaba una fe religiosa positiva. Sin embargo, la riqueza y la profundidad de su intelecto me abrió el mundo del pensamiento teológico, el mundo de la mística cristiana y, además, el mundo de los problemas religiosos. A partir de sus premisas, yo no pude llegar a ninguna conclusión científica definitiva, pero su carácter profundamente religioso me impulsó a llegar a una solución personal. Por lo tanto, siempre le he considerado como una persona que contribuyó a determinar el curso posterior de mi vida”⁵.

Durante una estancia en Roma en 1926, Gertrud von Le Fort fue recibida en la Iglesia Católica, y aunque nunca explicó por escrito las razones íntimas de su propia conversión, en 1937 escribía lo siguiente en el periódico católico *Hochland*:

“La persona que se convierte no hace hincapié, como a veces se ha pensado equivocadamente, en las dolorosas divisiones sectarias [en el seno de la Iglesia cristiana], sino al contrario, en una persona que ha superado estas divisiones [...] Su experiencia es, por lo tanto, un descubrimiento luminoso: el cisma en el seno de la Iglesia no es tanto una ruptura de la *fe* como una ruptura del *amor*, y la división en la fe no puede ser superada a no ser que se supere primero la división en el amor”⁶.

4 Ita O’Boyle, *Gertrud von Le Fort: An Introduction to the Prose Work*, Fordham University Press, New York 1964, 44-45.

5 *Ib.*, xiv.

6 Citado en Kurt F. Reinhardt, *The Theological Novel of Modern Europe*, Frederick Ungar Publishing Co., New York

La conversión de Gertrud von Le Fort fue, de hecho, el punto de partida de su carrera como novelista, y entre los años 1927 y 1931 vieron la luz tres obras suyas: *El velo de Verónica*, *El Papa del ghetto*, y *La última del cadalso* (*Die Letzte am Schafott*). En 1955, el gran teólogo e historiador del Carmelo P. Bruno de Jesus-Marie señalaba en su libro *Le sang du Carmel* que, no obstante las discrepancias entre los argumentos de las obras literarias basadas en la historia de las carmelitas de Compiègne y los hechos documentados, las dieciséis monjas “habrían permanecido en las vidrieras de las capillas y las leyendas del breviario⁷”, si no fuera por la “doble aportación de la psicología y del arte” de von Le Fort y Georges Bernanos. La fama de los *Diálogos de Carmelitas* de Bernanos⁸ y la ópera del mismo nombre compuesta por Francis Poulenc ha superado con creces la de la novela que los inspiró, y sin embargo no alcanzan la misma riqueza de temas y de personajes que nos presenta von Le Fort en esta “obra maestra en miniatura”⁹.

* * *

El tema predominante de *La última del cadalso* es la terrible angustia que sufre Blanca de la Force desde su infancia y durante los años en el convento de Compiègne, pero que contra toda expectativa humana será transformada y superada por la Gracia en el momento culminante de su vida. No menos importante, sin embargo, que este drama existencial –aunque tal vez más difícil de comprender para el lector contemporáneo de la novela– es la cuestión del sacrificio expiatorio de las dieciséis monjas de Compiègne: un aspecto de la novela que tiene profundas raíces en la teología cristiana y la historia del martirio, y que refleja asimismo el conocimiento de la espiritualidad carmelitana que adquirió von Le Fort mediante su estudio de la historia de las monjas de Compiègne y, también, durante las horas que pudo pasar “ante la reja”. En *Camino de Perfección*, Teresa de Jesús explica “la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monasterio [de San José de Ávila]”:

“Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho, y como si yo pudiera algo u fuera algo, llorava con el Señor y le suplicava remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder. Y como yo me vi mujer y ruín, y imposibilitada de aprovechar nada en servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fueran buenos; y ansí determiné a hacer eso poquito que yo puedo y que es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo [...]”¹⁰.

Cuenta también la fundadora del Carmelo Descalzo que “a los cuatro años –me parece era algo más– acertó a venirme a ver un fraile franciscano llamado fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios y con los mismos deseos de el bien de las almas que yo, y podíamos poner por obra, que le tuve yo harta envidia”.

1969, 219.

7 P. Bruno de Jesus-Marie, *Le sang du Carmel, ou La Veritable Passion des Seize Carmélites de Compiègne*, Librairie Plon, Paris 1954, 3. Cf. también William Bush, *To Quell the Terror*, ICS Publications, Washington, D.C., 1999.

8 Cf. introducción de Guadalupe Arbona a Georges Bernanos, *Diálogos de Carmelitas*, Encuentro, Madrid, 1992, 7-22.

9 O'Boyle, op. cit., 60.

10 *Camino de perfección*, c. 1, 1-2.

“Éste venía de las Indias poco había. Comenzó a contarme los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina, y hízonos un sermón y plática animando a la penitencia, y fuese. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas que no cabía en mí. Fuime a la ermita con hartas lágrimas; clamava a nuestro Señor, suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más”¹¹.

En *La última del cadalso*, cuando estalla la Revolución y empiezan a aplicarse medidas cada vez más agresivas y perjudiciales contra la Iglesia católica en general, y contra las órdenes y congregaciones religiosas en particular, las monjas de Compiègne van tomando conciencia del peligro de su situación, hasta que un día se presenta en el convento una comisión encargada de hacer ciertas comprobaciones “relativas al número, edad y convicciones de las monjas. Porque ya entonces se tenía el designio de sugerir a las religiosas su retorno al mundo, es decir, la anulación de sus votos, alimentando con ello la ingenua esperanza de que la mayor parte de aquéllas se apresurarían jubilosas a lanzarse en brazos de la revolución triunfante” (pp. 45-46)*. Es en este momento cuando el narrador en primera persona de la historia de las monjas, escrita en forma de una carta, hace la siguiente observación:

“Mi querida amiga, en este punto debemos detenernos un momento para una breve consideración acerca de la disposición de ánimo del Carmelo; una disposición que a nosotros dos nos es sin duda poco familiar. Tan disposición está tan vinculada a la idea del sacrificio expiatorio, que la fe en la redención cristiana por la cruz, culmina precisamente aquí en el amor religioso al sufrimiento y la persecución [...] le ruego querida amiga que reprima ahora por un instante sus propios sentimientos y admita el hecho como algo constitutivo de [el caso de las monjas de Compiègne]. (¡Ay! En el fondo lo es también del cristianismo en general)” (pp. 50-51).

Terminada la entrevista con los representantes de la autoridad civil, la Madre María de la Encarnación exclama jubilosa a la priora, Madame Lidoine, que no comparte su entusiasmo: “¡Felicítame y felicitémonos! ¡Felicite usted a este país y a su trono! Su Majestad tiene a bien permitirnos una obra expiatoria que nunca hubiéramos soñado. ¡Me amenazaron con el martirio!”.

“Francia no se salvará por el celo de sus políticos, sino por la oración y el sacrificio de almas que se ofrezcan en holocausto. ¡Ha sonado la gran hora del Carmelo!. Tal era el sentido en que coincidían entonces todas aquellas apacibles mujeres de Compiègne: se preparaban para el martirio de una manera plena y totalmente consciente.

‘Entonces ¿vamos a necesitar todavía de esas provisiones?’, inquiría la pequeña e ingenua Constance de Saint Denis, una vez que la madre superiora preguntaba incidentalmente si el huerto daría las reservas necesarias de legumbres de invierno.

‘¿Cómo no íbamos a necesitarlas más, hija mía?’, replicaba Madame Lidoine [...] Entre las monjas no era ningún secreto que ella afrontaba con marcada frialdad los heroicos preparativos de sus hijas” (p. 55).

Con motivo de la aprobación de la Constitución Civil del Clero y para celebrar la “canonización”¹² de Madame Acarie (la gran impulsora del Carmelo en Francia en el siglo XVIII),

11 *Fundaciones*, c. 1, 7.

* Las páginas entre paréntesis, a partir de ahora, corresponden a Gerturd von LE FORT, *La última del cadalso*, Madrid: Ediciones Encuentro, 2009.

12 María de la Encarnación, o “Madame Acarie”, fue beatificada en abril de 1791.

la Madre María de la Encarnación propone a la priora que las monjas de Compiègne hagan “ofrenda de nuestra propia vida a la majestad de Dios, por la vida de su Iglesia en Francia amenazada”. Madame Lidoine se resiste todavía a ese paso definitivo, debido a “los posibles elementos débiles de la comunidad”, pero cuando la priora es llamada a París para ser informada por su superior de la amenaza que se cierne sobre las comunidades religiosas, la Madre María de la Encarnación anima a la comunidad a hacer un acto de consagración; durante la misa “los rostros de estas mujeres están maravillosamente transfigurados; se acuña en ellos la bienaventuranza de un abandono total, de una última, irrefrenable y desbordante sumisión, que está ya más allá de la vida y de la muerte” (p. 76). Sin embargo, cuando las monjas de Compiègne son arrestadas, la Madre María de la Encarnación estará fuera del convento y se verá obligada a aceptar el supremo sacrificio de no morir con sus hermanas y seguir viviendo, sometándose “a la vida lo mismo que una dura penitencia” (p. 92). Madame Lidoine, en cambio, acompañará y animará a sus hijas en la hora de su martirio, y la temerosa Blanca, la “liebrecilla” que había huido del compromiso definitivo, compartirá de una manera más sórdida, pero igualmente heroica, el destino de sus hermanas en las Plaza de la Revolución.

* * *

Con ocasión de la festividad de San Juan de la Cruz en 1933, Edith Stein escribía para sus hermanas del Carmelo de Colonia una reflexión titulada “Amor por la Cruz”, en la cual afirmaba:

“El peso de la cruz, que Cristo ha cargado, es la corrupción de la naturaleza humana con todas sus consecuencias de pecado y sufrimiento, con las cuales la castigada humanidad está abatida. Sustraer del mundo esa carga, ése es el sentido del vía crucis [...] La totalidad de las culpas humanas, desde la primera caída hasta el día del juicio, tiene que ser borrada por una expiación equivalente. El vía crucis es esta reparación [...] Cualquiera que a lo largo del tiempo haya aceptado un duro destino en memoria del Salvador sufriente, o haya asumido libremente sobre sí la expiación del pecado, ha expiado algo de la inmensa culpa de la humanidad y ha ayudado con ello al Señor a llevar esta carga [...] A ello hemos sido llamados también nosotros [...] Sufrir y ser felices en el sufrimiento, estar en la tierra, recorrer los sucios y ásperos caminos de esta tierra y, con todo, reinar con Cristo a la derecha del Padre; con los hijos de este mundo reír y llorar, y con los coros de ángeles cantar ininterrumpidamente alabanzas a Dios: ésta es la vida del cristiano [...]”¹³.

Tal fue, sin duda, el camino escogido libre y amorosamente por las carmelitas de Compiègne, cuando subieron al cadalso empapado de sangre cantando el *Veni Creator Spiritus*, y también por la Hermana Teresa Benedicta de la Cruz cuando entró en el vagón de tren que la llevaría a la muerte en Auschwitz en agosto de 1942.

Victoria Howell
Miércoles Santo, 2009

13 Edith Stein, *Obras completas*, vol. 5, op. cit., 623-625.